

Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los mil días a la constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores - Universidad Central-DIUC, 2002, 244 páginas.

El libro pretende abarcar el mundo de los intelectuales colombianos durante todo el siglo XX. Esta pretensión se revela en sus alcances globales, unos capítulos resultan mejor acabados, otros no tanto. Sin embargo, el libro es generoso en multitud de tesis la mayoría con poca demostración debido a la pretendida cobertura. El libro es sugestivo y útil por la variedad de fuentes teóricas, primarias y secundarias que despliega. Urrego hace uso de su ciudadanía intelectual. Le importan más sus propias posturas que van quedando claras en el curso de la narrativa que la comprensión de las que expone. Sacrifica capítulos enteros, como el último, para colocar en blanco y negro lo que él piensa sobre los intelectuales de su generación. Es un análisis valiente. El autor emerge como la reencarnación del prototipo clásico del intelectual: es autónomo, independiente, justo, y sobre todo, se descubre en el curso del relato, el profesional, el profesor universitario, el intelectual demócrata que es. En ese sentido, Urrego contradice a los que hacen eco de la crisis y desaparición de los intelectuales. Critica contundentemente el posmodernismo al que identifica como la filosofía del neoliberalismo, lo que se entiende mejor, como la filosofía a su servicio.

La estructura del libro comprende una introducción teórica que se suma a tres partes que cubren el papel de los intelectuales desde la República conservadora hasta la constitución de 1991. Urrego construye un marco teórico a partir, sobre todo, de dos paradigmas: Antonio Gramsci y Pierre Bourdieu. Del primero toma la inspiración del intelectual orgánico y del segundo la conformación del campo intelectual (dentro del campo cultural). Su apoyo teórico debe más al segundo que al primero. Se trata de una aplicación del método de Bourdieu sin que aparezca una mínima consideración sobre los problemas que conllevan su aplicación en el territorio de la cultura colombiana. La relación entre Bourdieu y Urrego corre los mismos riesgos de quienes aplican directamente a Foucault intentando realizar en Colombia lo que éste en su país.

Curiosamente la categoría gramsciana del *intelectual orgánico* ha seducido diversos estudiosos de la cultura. Esa unidad de análisis es traída y llevada, pero poco se profundiza sobre su sentido. Se ha trivializado de tal manera que es de perogrullo sostener que cada clase social tiene sus intelectuales orgánicos. En cambio, más útil, metodológicamente, nos parece la concepción gramsciana de la *organización de la cultura* para el establecimiento de las distintas sensibilidades que se reúnen alrededor de órganos y actividades culturales en una coyuntura histórica precisa. No es que la cultura haya estado

organizada, en el sentido literal de la expresión, sino que le corresponde al investigador su organización, o mejor, su sistematización meticulosa. En este sentido, Urrego acude, en la mayoría de los casos que estudia, a sólo unos órganos de difusión y es a partir de ellos como elabora sus conclusiones. Esto se percibe claramente en los apartes los intelectuales y la República Liberal y los intelectuales y la violencia. El papel del intelectual respecto al Estado y a la Sociedad en su conjunto podría establecerse con otros resultados si al análisis entrara una muestra más representativa de objetos de estudio.

Poco se ha escrito en Colombia sobre los intelectuales. Por lo menos bajo esa rúbrica. El de Urrego es un intento abarcador, teórico, atrevido y positivo así unas partes resulten más convincentes que otras. El autor establece tres etapas en la relación de los intelectuales con el Estado: “La de la subordinación a los partidos tradicionales; la de ruptura y creación de un campo cultural (1961-1982); y la de reintegración al Estado a partir de los años ochenta” (p.25).

La estrategia de apropiarse de los intelectuales como toda una categoría de análisis complica cualquier proceso de síntesis. La relación de los intelectuales con el Estado puede instituirse de múltiples maneras: directamente a través de los denominados *intelectuales orgánicos* e indirectamente a través de los que entonces podríamos llamar *intelectuales inorgánicos*, el espectro del socialismo y del liberalismo popular si de la República conservadora se trata. En su estudio de este periodo, Urrego incursiona tímidamente en este tipo de intelectuales. Su análisis, no procede de un conocimiento claro de la estructura de clases de ese periodo sino que da por sentado que son intelectuales orgánicos a partir del peso del papel de la iglesia en la cultura de entonces. Se dice “la característica esencial de los intelectuales hasta comienzos de los años sesenta fue su subordinación a los partidos tradicionales...” (p 25). Eso estaría bien tratándose de unos intelectuales y no de todos, porque los hubo que no estuvieron subordinados a esas colectividades. Un criterio clasificatorio le hubiera permitido al autor una mejor dinámica en la conversión de sus hipótesis en tesis. Produciría menos prevención su estrategia si el título del capítulo correspondiera a lo que se demuestra: el intelectual del régimen y no de la sociedad toda.

La comparación que establece el autor entre México, Brasil, Argentina y Colombia respecto de la relación Estado-intelectuales es interesante para comprender la configuración de la mentalidad del colombiano del siglo XX. La incorporación de intelectuales al manejo de lo público en México y Brasil viene de un proceso revolucionario que desemboca en la construcción de las nuevas sociedades de esos países por parte de los vencedores, muchos de los cuales son intelectuales o quienes lideran las reformas están rodeados de ellos. En ambos casos se trata de laicizar la sociedad, de construir países laicos, y en

últimas de cimentar la identidad nacional por vías distintas al orden que propugnaban la Iglesia católica y los partidos conservadores, lo mismo que por la vía de la adscripción político-partidaria. Incluso, la vía Argentina, una especie de síntesis entre lo criollo (lo vencido) y las corrientes del pensamiento moderno (positivismo, evolucionismo, hispanismo y marxismo), en Colombia, las relaciones entre el mundo intelectual y la vida política toma rumbos distintos a la expresión desde el poder. Pero al mismo tiempo no todos los intelectuales mexicanos, brasileños o argentinos concursan en las nuevas construcciones de Estado. Tanto allá como acá los intelectuales que entran a incidir en los procesos históricos tienen que ver con los modelos de sociedad que salen avantes de procesos históricos trascendentales. Entre nosotros se trató del proyecto de La Regeneración que conservatizará la sociedad, mientras que en los países mencionados se trataba de lo contrario.

Se advierte una contradicción en la estrategia del autor de establecer en Colombia el campo intelectual. Trabaja los intelectuales que inciden en el poder más que en la historia de los intelectuales que sin estar en él coadyuvaron a la construcción del susodicho campo. Reconoce sí el papel de figuras como la del poeta Luis Vidales en ese esfuerzo, pero se queda corto en la explicación del fracaso, si lo hubo, de esos esfuerzos antes de la década de los años sesenta. Hubiera sido muy interesante establecer los obstáculos históricamente constituidos para el surgimiento en Colombia del campo intelectual. A lo mejor se hubiera encontrado, antes de la década de 1960, con un campo intelectual sólido sólo que al margen del campo intelectual oficial.

Es en la década de 1960 que el autor encuentra todas las favorabilidades en Colombia para la conformación de dicho campo. No le faltan razones. Como lo anota, es a partir de entonces que se dan todas las condiciones. El autor precisa incluso el año, 1962. Y habla de ruptura. Ruptura?, Los que rompen estaban antes? o venían trabajando con el Estado?. No será que surge otro tipo de intelectual producto de una época histórica distinta?. Manifiesta el autor que esta ruptura va hasta los tiempos del presidente Betancur cuando los intelectuales se reintegran. Se reintegran?. No es realmente de esto de lo que se trata sino de la utilización, finalmente, por parte del Estado de unos intelectuales que estaban preparados durante décadas para opinar sobre el problema más urgente de resolver en Colombia: el conflicto armado. Urrego plantea bien esta problemática y comprueba estar bastante familiarizado con la información al respecto. El reconocimiento de un tipo de intelectual, el economista, por parte de los últimos gobiernos en Colombia obedece, nos da a entender el mismo autor a la aceptación del nuevo intelectual orgánico, el intelectual neoliberal y posmoderno al servicio de las clases dominantes.

El libro abre brecha para múltiples investigaciones monográficas que deben emprenderse. Desagregar el libro y estudiar de manera más compacta

cada uno de los periodos que propone el autor para hacerle el seguimiento a la historia del campo cultural en Colombia será una tarea útil de emprender.

Múltiples errores de digitación empañan la imagen del libro. El capítulo V abre así: La coptación... ha debido escribirse la cooptación. Una página antes se habla de reintegración. No es lo mismo cooptación que reintegración. No faltaron gazapos. Por ejemplo, el autor de la encíclica *Rerum Novarum* no fue León XII sino León XIII (p. 42).

Finalmente quisiera anotar que comparto el sentido filosófico y democrático del libro. Su crítica al posmodernismo y su condena de las posturas que dan por terminado el papel del intelectual clásico me parecen rescatables: "...Los intelectuales no son un grupo monolítico, y existen algunos que han planteado de nuevo la necesidad de que el intelectual regrese a sus funciones básicas: la crítica, la independencia y el proyecto de utopía; máxime cuando el neoliberalismo amenaza con destruir la nación". (p. 232).

César Augusto Ayala Diago

*Profesor Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Eduardo Sáenz Rovner, *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá, primera edición, 2002, 256 pp

La reciente publicación del profesor Eduardo Sáenz se configura como una historia del preludio de la instauración del régimen político del Frente Nacional en Colombia a finales de la década de los cincuenta. Pero, además de ser una historia política de los cincuenta, es también una historia de las relaciones entre los actores del mercado y el Estado. Todo bajo la sombra de un contexto internacional en el cual las posiciones estratégicas de los países, respecto de las dos grandes potencias involucradas en la llamada Guerra Fría, determinaba, en gran medida, el comportamiento de los agentes políticos internos.

Así pues, desde la perspectiva de la historia económica, el texto permite desentrañar los mecanismos de poder y negociación entre las elites. La historia de las relaciones entre la ANDI y el Estado colombiano, le permite a Sáenz, en un ejercicio progresivo, caracterizar la naturaleza del acuerdo bipartidista que daría lugar al Frente Nacional. De otro lado, demuestra que la naturaleza política de las elites económicas del país no está ligada necesariamente a un sistema político determinado - ya sea la democracia o la dictadura -, sino que sus preferencias respecto de lo político se van acomodando y readaptando en función de la reproducción de sus intereses económicos.